

EL VISITANTE MALIGNO

FERNANDO E .SOBENES BUITRON

*Todos los derechos reservados 19/11/2009 República Bolivariana de
Venezuela*

SAFE CREATIVE 1104229042854 del 22 abr. 2011

***PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL POR
CUALQUIER MEDIO SIN AUTORIZACIÓN EXPRESA DEL AUTOR.***

DEDICATORIA

“A las dos personas más importantes en mi vida; mi amada esposa Islet y mi hijo, mi adorado Fabricio que son mi inspiración y fortaleza”

“A mi querida y extrañada madre, donde quiera que estés, que encuentres la felicidad y comprensión que no tuviste en esta vida”

AGRADECIMIENTO

A mi amada esposa; por su amor, su invaluable apoyo y comprensión para poder lograr realizar esta obra.

NOTA DEL AUTOR

¿Existe la vida después de la muerte? ¿Existen Dios y el Diablo? Nadie lo sabe a ciencia cierta. Todos queremos creer que la vida es un paso hacia otro lugar, hacia otra dimensión que nos depara una existencia mejor que la actual. Todo se basa en una cuestión de fe, ya que no existe una prueba científica valedera al respecto.

Todas las religiones (o muchas de ellas) abordan el tema de la vida después de la muerte, la reencarnación, el bien y el mal; utilizan estos conceptos y los adaptan a su conveniencia. La figura de un Dios vengativo está presente en la Biblia y la doctrina cristiana la impone, invocando un maniqueísmo radical: Dios o el Diablo, el cielo o el averno; adáptate a nuestras normas o arderás en el fuego del infierno. Amenazas y chantajes, premios y castigos, donde si no abrazamos al primero, caemos irremediabilmente en las garras del segundo, condenándonos implacablemente a una existencia eterna, espantosa, en el hoyo sin fin del purgatorio pagando nuestras culpas y siendo objeto de un Dios inmisericorde que nos impone una pena brutal y despiadada para toda la eternidad.

Si tomamos conciencia de las desgracias tan grandes que ocurren en nuestro planeta desde tiempos inmemorables como: Epidemias, asesinatos, guerras, dictaduras sangrientas, genocidios, accidentes, catástrofes, desastres naturales, abuso y abandono de menores, personas que nacen con discapacidades, deformidades, enfermedades diversas, en fin; un abanico interminable de plagas, nos preguntamos: ¿Por qué Dios permite todo esto? ¿En verdad quiere que suframos? ¿Debemos estar condenados mientras existamos a pagar las culpas de “nuestros primeros padres” aquellos que cometieron el “pecado original”?

Si se le consulta a un sacerdote la causa de todas estas desgracias, su respuesta es que las vías del Señor son misteriosas y que dio al hombre libre albedrío. Es decir; quedamos igual, sin una explicación adecuada y convincente sobre Dios que nos demuestre su existencia y proceder.

Por otra parte, el Diablo estaría ganando la batalla contra el bien. El hombre sufre y comete aberraciones inenarrables contra sus congéneres desde el inicio de los tiempos; la sangre de inocentes siempre ha sido regada por todo el planeta muchas veces sin razón alguna. Desde accidentes absurdos donde fallecen personas indiscriminadamente sin que muchos hayan tenido siquiera la oportunidad de disfrutar la vida, u otros que caen en las garras de la drogadicción y el alcoholismo. Las víctimas de las guerras, la explotación infantil, el terrorismo y narcotráfico, el secuestro, el encarcelamiento y sufrimiento de inocentes, el fanatismo religioso que hace tanto daño a la humanidad, las ejecuciones por odio o por naturaleza sexual o racial, harían pensar que hay una fuerza sobrenatural que está detrás de toda la maldad del ser humano.

Los valores morales de la sociedad están en estos tiempos más bajos que nunca. Las maravillas del mundo moderno que han contribuido enormemente a la superación de la

humanidad, también son ahora su desgracia como en el caso del uso inapropiado de Internet. Donde los niños son las víctimas principales de la maldad que es fácilmente transmitida por esta vía y que no puede ser controlada para evitar enviar mensajes de odio, racistas, de violencia y oscuridad. En las que la iniquidad, depravación y negatividad, están a dos clics de distancia. La globalización es para algunos una bendición mientras que para otros la maldición; depende de cómo se emplee.

Por mi parte creo que existe algo, un ser superior que ha creado todo con sus cosas buenas y malas y que está en nosotros hacer la diferencia: Amar a los demás, no hacer daño y tratar a otros como queremos ser tratados; pienso que en eso radica el bien y el mal. Hacer el bien es la obra de Dios, hacer el mal es la obra del Diablo, así de simple.

El autor

14 Yo había hecho de ti un querubín protector, con sus alas desplegadas; estabas en la montaña santa de Dios y te paseabas entre piedras de fuego.

15 Eras irreprochable en tus caminos desde el día en que fuiste creado, hasta que apareció tu iniquidad:

16 A fuerza de tanto traficar, tu interior se llenó de violencia y caíste en el pecado. Por eso yo te expulsé como algo profanado lejos de la montaña de Dios; te hago desaparecer, querubín protector, de entre las piedras de fuego.

17 Tu corazón se llenó de arrogancia a causa de tu hermosura; corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor. Pero yo te arrojé por tierra y te expuse como espectáculo delante de los reyes.

18 Con tus numerosas culpas, con tu comercio venal, profanaste tus santuarios. Pero yo hago brotar de ti mismo el fuego que te devora. Te reduciré a ceniza sobre el suelo delante de todos los que te miran.

19 Todos los pueblos que te conocen están consternados por ti; te has convertido en un motivo de espanto y no existirás nunca más (Ezequiel 28)

12 ¡Cómo has caído del cielo, Lucero, hijo de la aurora! ¡Cómo has sido precipitado por tierra, tú que subyugabas a las naciones!

13 Tú que decías en tu corazón: «Subiré a los cielos; por encima de las estrellas de Dios erigiré mi trono. Me sentaré en la montaña de la asamblea divina. En los extremos del norte;

14 ¡Escalaré las cimas de las nubes, seré semejante al Altísimo!».

15 ¡Pero te han hecho bajar al Abismo, a las profundidades de la Fosa!

16 Los que te ven, fijan en ti la mirada meditan tu suerte: « ¿Es este el hombre que hacía temblar la tierra, que sacudía los reinos,

17 Que hacía del mundo un desierto, demolía sus ciudades y no soltaba a sus prisioneros?

18 Todos los reyes de las naciones descansan llenos de gloria, cada uno en su tumba.

19 Pero tú has sido arrojado lejos de tu sepulcro como un aborto abominable, como un cadáver pisoteado. Los que han sido masacrados, traspasados sobre las piedras de la fosa.

20 Pero tú no te unirás con ellos en una sepultura, porque has destruido tu país, has asesinado a tu pueblo. ¡Nunca más será nombrada una raza de malhechores!

21 Preparen la masacre de los hijos por los crímenes de sus padres que no se levanten para adueñarse de la tierra y cubrir de ciudades del mundo (Isaías 14, Antiguo Testamento)

PRÓLOGO

Nunca podría apartar de su mente aquel terrible día cuando sucedió aquello tan aterrador que le congeló el corazón y cambió su vida para siempre. Era el mes de febrero de 1991; Peter Donovan Teniente del Ejército de los Estados Unidos, perteneciente a la Segunda División de infantería se encontraba en el Golfo Pérsico al mando de un grupo de cuarenta soldados que debían llegar al campo petrolífero de Ar Rumaylah al norte de Kuwait, donde las tropas iraquíes habían puesto cargas explosivas en los pozos de petróleo con la finalidad de hacerlos estallar en cuanto llegaran los efectivos de la coalición, acatando las órdenes de Saddam Hussein “El Carnicero de Bagdad” convirtiéndolos en “tumbas de fuego” creando caos y destrucción. Su misión consistía en desactivar los explosivos y asegurar el área antes de que las fuerzas del dictador iraquí logaran su cometido.

El objetivo se encontraba a quince kilómetros de distancia, lo hacían a pie, puesto que aún existía algo de resistencia de la Guardia Republicana iraquí y era necesario neutralizar las tropas enemigas que encontraran en su camino. Para esto contaban con apoyo aéreo en caso de necesidad.

La marcha por el medio del desierto se hacía pesada debido al equipo y al armamento de dotación que portaban. El cielo estaba plagado de estrellas y se podían escuchar los motores de los aviones volando a gran velocidad sobre el espacio aéreo iraquí. El frío era inclemente pero; pese a esto, se movían con rapidez.

Los visores nocturnos, les permitían detectar algunos enemigos ocultos bajo el manto de la noche; disparos esporádicos, una silueta humana bajo el lente de la mira, las ráfagas de los fusiles y ametralladoras automáticas, los haces de luces de los proyectiles trazadores y el objetivo caía. La resistencia era en efecto mínima.

El estruendo de las explosiones se escuchaba en la distancia haciendo temblar la arena bajo sus botas. El cielo se iluminaba con los fogonazos de las bombas y misiles que dejaban caer los aviones. A lo lejos, las lenguas de fuego de algunos pozos que se encontraban ardiendo despedían nubes de humo negro que hacían que la noche se hiciera aún más oscura, el olor del combustible quemado inundaba el aire y lo hacía casi insoportable.

— ¡Sargento Wilkins! ; —dijo el Teniente —ordene a los hombres colocarse las máscaras, todavía nos faltan unos seis kilómetros para llegar al objetivo.

— ¡A la orden señor! —Respondió el sargento — ¡Todo el personal a colocarse las máscaras!

Los soldados proseguían avanzando en silencio soportando el frío y el viento del desierto que azotaba la arena contra sus cuerpos, mientras se acercaban cada vez más a su destino. La ansiedad era creciente, no sabían con que se toparían, si podría haber alguna emboscada. De pronto un silbido y luego una explosión se sintió en la retaguardia, matando a tres de los infantes instantáneamente e hiriendo a otros dos. Donovan cayó sobre la arena impulsado por la onda expansiva del proyectil de mortero. No podía oír nada, solamente un

pitido intenso que le horadaba la cabeza. Veía los destellos de las armas que asemejaban luciérnagas en el medio de la noche y a lo lejos empezó a escuchar el ruido de los disparos y el tableteo de las ráfagas de ametralladora.

— ¡Morteros! , ¡Morteros, a cubierto!, ¡cúbranse! — gritó uno de los soldados.

Desde una trinchera a unos doscientos metros de distancia podían observar el resplandor de los proyectiles trazadores de los fusiles Ak-47 que les disparaban continuamente, mientras las explosiones no cesaban.

— ¡Wilkins! — Ordenó Donovan— verifique el estado de los hombres divídalos en dos grupos, para rodear a... ¡Wilkins!

Volteó a mirar al sargento y lo vio tendido sobre la arena a unos metros de distancia retorciéndose de dolor, la pierna izquierda había desaparecido por completo, y el brazo del mismo lado solo se sostenía de un jirón de músculos.

— ¡Cabo Torres! — Ordenó Donovan —solicite apoyo aéreo de inmediato.

— ¡Sí señor! —respondió el cabo, haciendo uso de la radio: — ¡Fox 2, Fox, 2! Aquí sabueso 3 solicito apoyo aéreo de inmediato; coordenadas 0-5-7. Estamos bajo fuego de morteros, ¡tenemos seis bajas!

— ¡Copiado Sabueso 3!; ¡el apoyo aéreo está en camino!—respondió la voz en la radio.

Donovan y sus hombres se defendían repeliendo el ataque que los tenía acorralados sin poder moverse del lugar. Cuando se escuchó el ruido esperanzador de un helicóptero Comanche disparando sus misiles *Hellfire* hacia la posición enemiga, eliminando el nido de morteros desde donde los estaban atacando.

La incursión aérea no duró más de un par de minutos, hasta que el ruido de los disparos cesó. Otro helicóptero de rescate médico apareció comenzando a descender para auxiliar a los heridos y recoger los cadáveres, mientras el Comanche daba vueltas protegiendo al personal en tierra y verificando que no existiera más peligro.

Donovan y sus hombres entraron en la trinchera para comprobar si quedaban sobrevivientes de la parte enemiga, Peter quedó pasmado al contemplar lo que quedaba del enemigo; el espectáculo era dantesco.

Cadáveres desmembrados, carbonizados, órganos diseminados por doquier, cuerpos incendiados proyectados contra las paredes de la trinchera, otros describiendo posiciones grotescas, inauditas producto de las ondas expansivas que les hacían parecer marionetas. El color púrpura teñía por doquier el lugar, como si una mano gigante se hubiera sumergido en una piscina de sangre y la había sacudido en ese sitio; el olor a muerte reinaba en el ambiente.

Algunos de los soldados iraquíes se retorcían de dolor, hombres sin brazos, piernas, uno solamente conservaba un brazo, con el que trataba de arrastrarse sin lograrlo, los gritos de dolor y los sollozos de los heridos eran inaguantables.

— ¡Teniente! ¿Qué hacemos con los iraquíes heridos? — Preguntó el cabo Ferris — , quien llegó en el helicóptero médico.

— ¿Hay sitio en el helicóptero? —preguntó el teniente.

— ¡No señor!, ¡estamos copados con las bajas! La orden del...

— ¡Sí, sí! ¡Lo sé! No prisioneros. —Respondió Donovan.

— ¡Cabo Torres!

— ¿Señor?

— ¡Disponga que los hombres verifiquen si hay algún tipo de información!, ¡registren todo el lugar! ¡Destruyan las armas que encuentren!

— ¡Si señor!

— ¡Torres! ...

— ¿Señor?

— ¡No prisioneros!

— ¡A la orden señor!

Como si fuera una película en cámara lenta, los soldados se acercaban a los enemigos heridos y les apuntaban con los fusiles en las cabezas haciéndolas estallar con el impacto de las balas.

— ¡Toma hijo de puta, maldito!

— ¡Hussein de mierda, come plomo!

Sonaban los disparos, algunos de los lesionados rogaban por su vida, imploraban que no los mataran, había otros que hasta lograban ponerse de rodillas pero igual, eran asesinados. La venganza estaba de fiesta. La rabia por el ataque sufrido hacía que los soldados se ensañaran con los caídos, algunos utilizaban las bayonetas y disfrutaban el momento de degollarlos, otros les reventaban las cabezas a golpe de culata, la orgía de horror parecía no tener fin.

Peter Donovan no fue capaz de detener esa matanza, si bien se sentía mal por las atrocidades que cometían los soldados, también recordaba como los habían emboscado y la forma en que sus hombres habían caído destrozados por el fuego enemigo.

— ¡«Que se jodan! — Pensó —, ¡se lo merecen esos hijos de puta!»

— ¡Señor!, — dijo el soldado Ferris —Catedral se ha comunicado por radio y ha ordenado suspender la operación, dispuso que todos los hombres retornen a la base.

— ¡Está bien! —respondió Donovan.

— ¡Cabo Torres!, nos vamos, la misión ha sido cancelada. ¡Ordene a los hombres replegarse, volvemos a la base!

— ¡Entendido, señor!

El helicóptero con los heridos comenzó a alzar vuelo, mientras sus aspas levantaban la arena del desierto creando una nube de polvo en el lugar, los hombres empezaron a regresar sobre sus pasos mientras Donovan se quedó mirando el espectáculo infernal de los cuerpos mutilados en la trinchera. El recuerdo de los ruegos de los soldados iraquíes, sus voces y lamentos todavía podía sentirlos perforando su cabeza.

—« ¡La vida es una mierda! »— recapitó.

Volteó y empezó a caminar, repentinamente tropezó con su bota izquierda con algo que lo hizo trastabillar, miró hacia abajo y le pareció ver algo que brillaba pero sólo fue por un instante, se agachó y lo recogió. Era una pequeña figura plana de unos diez centímetros de largo y unos cinco milímetros de espesor. Estaba hecha de piedra negra, tenía tallada una cabeza de felino, cuernos de cabra en la frente y rostro fiero, desafiante, los ojos fijos al frente que denotaban crueldad y las fauces abiertas mostrando los colmillos con gesto salvaje: la figura tenía un orificio en la boca como una moneda grande que la traspasaba; los colmillos asomaban por ella.

—«Debe ser algún tipo de amuleto»— dijo para sí y lo guardó en el bolsillo de su pantalón de campaña.

Sus hombres ya estaban a unos veinte metros de distancia cuando escuchó un murmullo, algo que no se distinguía claramente. Volteó para ver de qué se trataba, pero no pudo observar nada; pensó que era el viento del desierto y se preparó para emprender la marcha, cuando lo oyó claramente. ¡Era el llanto de un niño!

Regresó al lugar donde estaban los cadáveres de los soldados y escuchó con más fuerza el llanto desgarrador, agudo, clamando por ayuda. Provenía del fondo de la trinchera que tenía unos tres metros de profundidad.

— ¿Quién está allí? — Gritó —levantando su fusil. Apuntando hacia la dirección de dónde provenía el sonido.

El llanto se hacía más fuerte y Peter siguió avanzando entre los cuerpos, no podía distinguir muy bien en la trinchera. El visor infrarrojo empezó a parpadear se lo quitó y lo apagó. Encendió su linterna y allí estaba, al fondo escondida, la entrada de una pequeña cueva, de allí provenía el llanto. Se inclinó, alumbrando el interior pero no se veía nada. Tuvo que tirarse en el suelo y comenzar a arrastrarse para poder entrar por el pequeño hoyo en la arena que parecía la guarida de un animal. Empezó a sentir un hedor, allí había algo rancio, descompuesto; no cabía duda de que existía algo muerto en ese lugar.

El sollozo se hacía cada vez mayor.

— ¡Ya voy a socorrerte, espera! ...

La pestilencia empeoraba a medida que avanzaba, se colocó nuevamente máscara antigases pese a ello, a duras penas soportaba las arcadas, logró introducirse a través del hueco arrastrándose, descendiendo y finalmente se pudo levantar. Había llegado a una especie de cámara amplia, con la linterna alumbró a su alrededor distinguiendo en las paredes algunos dibujos y letras que no podía entender pero presumió que eran caracteres antiguos. Poco a poco se percató de fardos cubiertos por mantos, eran mortajas y había algunos de ellos a medio enterrar, se encontraba en un sepulcro. Cráneos y huesos se podían divisar en las paredes y piso del recinto, el techo estaba a unos cuatro metros de altura.

El llanto proseguía, era un lamento terrible, doloroso, que provenía de esa sepultura. Alumbró en la dirección del sollozo y vio una figura extraña, de espaldas cubierta con un manto negro, que ahora murmuraba algo raro, incomprensible, inclinada sobre una de las momias. En ese momento la luz de la linterna se apagó y el murmullo de “eso” finalizó. Donovan no podía encenderla nuevamente, no funcionaba...

— ¡Peter, Peter!— pudo escuchar su nombre en la penumbra.

Unos espeluznantes sonidos de hombres y mujeres susurraban.

—Te estábamos esperando.

La sangre se heló en sus venas cuando escuchó esas voces, y el pánico empezó a invadirlo.

— ¡Únete a nosotros!... —se dejó escuchar en aquel macabro lugar.

— ¡Peter, Peter, únete a nosotros!

La oscuridad era absoluta, el frío le calaba los huesos pero el terror que sentía le llegaba hasta el alma.

De inmediato se colocó nuevamente el visor nocturno y lo que vio hizo que todos los vellos del cuerpo se le pararan en punta. Las momias en el sepulcro estaban en movimiento ¡habían cobrado vida! El “ser” que estuvo agachado hacía unos instantes, ahora se encontraba frente a Peter de pie, era muy alto y a través del visor pudo distinguir sus ojos, que lo llenaron de horror.

— ¡Peter, se parte de nosotros!, ¡ven a nosotros!— dijo el “ser” con una voz atronadora.

Levanto su arma y comenzó a disparar a “eso” que tenía enfrente hasta que vació el cargador, mientras el “ser” se reía a carcajadas. Peter Donovan sabía que si no escapaba de allí iba a encontrar la muerte. Nuevamente el visor infrarrojo comenzó a parpadear, quedando en tinieblas.

Instintivamente se arrojó al piso, y comenzó a arrastrarse por donde entró lo más rápido que pudo.

— ¡Peter, PEEEEETEEER! ...

Los gritos eran ensordecedores y los ruidos se oían cada vez más cerca.

— ¡PETER, ÚNETE, ÚNETE A NOSOTROS!

Prosiguió arrastrándose raudamente, despavorido por lo que estaba detrás. No podía ver nada, solamente escuchaba esas voces y lamentos aterradores. Repentinamente sintió que lo agarraban de las botas y lo jalaban para hacerlo regresar. En medio de risas y gritos, “algo” le impedía avanzar y lo hacía retroceder regresándolo al sepulcro.

— ¡SOCORRO, AYÚDENME!, ¡AUXILIO!... ¡POR DIOS, QUE ALGUIEN ME AYUDE!— comenzó a gritar.

Las voces detrás dijeron:

— ¡DIOS NO ESTA AQUÍ, SE HA OLVIDADO DE TÍ, PERO NOSOTROS NO, VEN ÚNETE A NOSOTROS PETER!

Las fuerzas casi lo habían abandonado, lo que antes lo sujetaba de las botas ahora lo hacía de las pantorrillas, quemándole la piel, el dolor era intenso. Esos “seres” lo arrastraban nuevamente regresándolo a la tumba, mientras Peter trataba de escapar sin poder conseguirlo.

Inesperadamente, sintió unas manos que lo sujetaron fuertemente de los brazos tirándolo hacia adelante, liberándolo del pequeño túnel. Eran sus hombres que hicieron una cadena humana para poder sacarlo de allí, en ese instante, Donovan perdió el sentido.

Cuando recobró el conocimiento estaba en el helicóptero de rescate, con las piernas vendadas podía sentir el dolor y ardor de las quemaduras, con la conmoción del horror por la experiencia vivida en el sepulcro.

— ¿Teniente se encuentra bien? ¿Qué pasó allí abajo?— pregunto Ferris.

—No lo sé, —contestó Donovan— No lo sé. Mientras el helicóptero se alejaba dejando atrás la espantosa orgia de sangre, terror y muerte.

—————000000—————